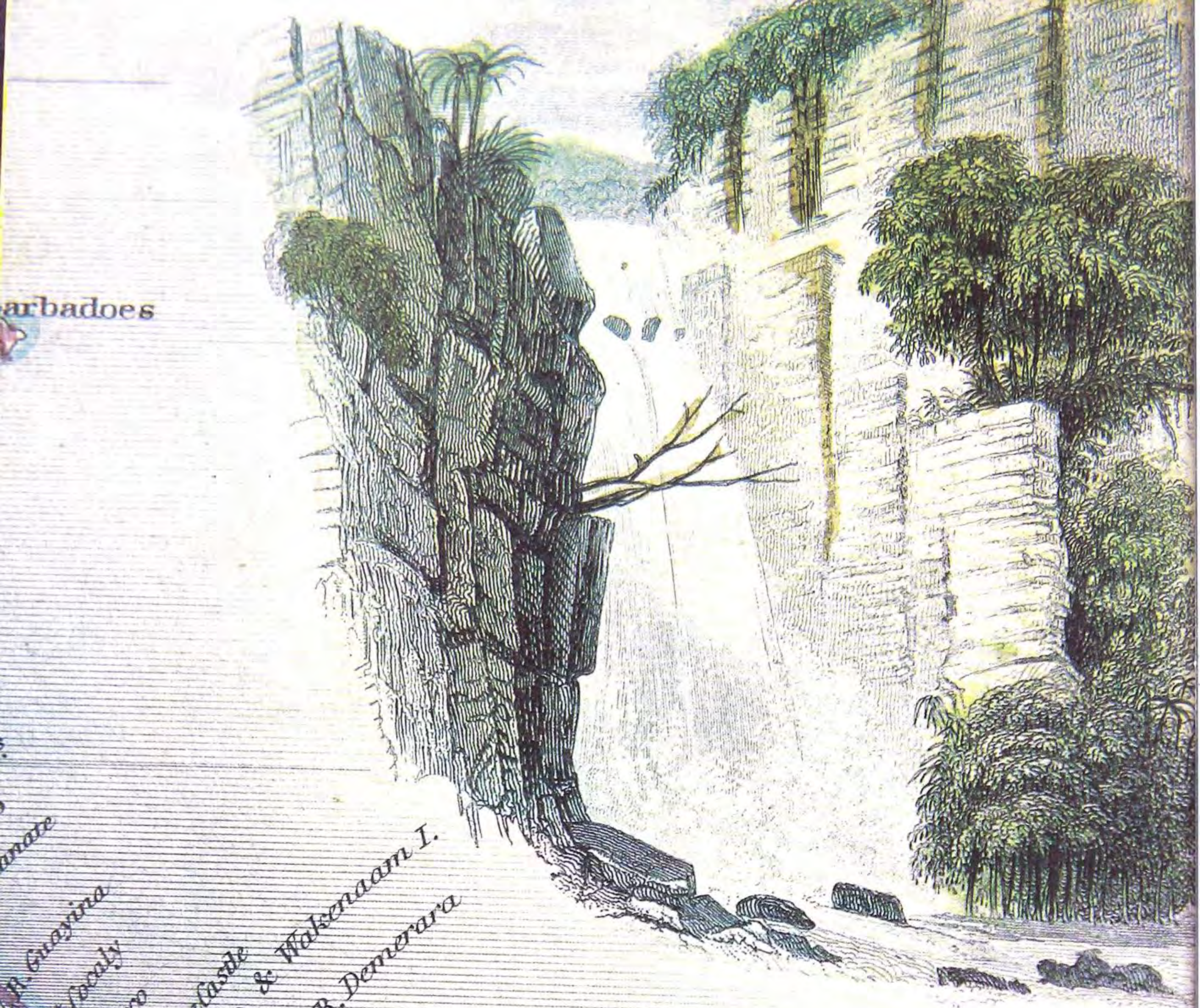


Barbadoes



FALL OF THE BAGOTA



Stübel y Reiss: dos viajeros alemanes en la Colombia del siglo XIX

JUAN GUILLERMO GÓMEZ GARCÍA

Trabajo fotográfico: Andreas Lehnert, Centro Latinoamericano (CeLA), Alemania.*

“El volcán tiene su boca bien abierta y respira sin dificultad”.
Palabras de un indígena de cerca de Pasto a Boussingault.

I

EN SU OBRA MONUMENTAL *Cosmos* (1844), en la cual el barón Alejandro de Humboldt, en una visión retrospectiva, sienta las bases teóricas de su obra científica, anota: “He tratado de caracterizar hasta aquí el sentido —escribe en el capítulo primero del segundo tomo, titulado ‘La apreciación de la naturaleza según las diversas épocas y pueblos’—, en el que el talento del observador, la vida de los elementos naturales descritos y la diversidad de miras sobre el inconmensurable teatro de fuerzas creadoras y destructivas pueden aparecer como medios de estímulo y emulación de los estudios científicos de la naturaleza”. Y añade en seguida: “El escritor que dentro de nuestra literatura, según mi entender, ha abierto con mayor vigor y más acertadamente el camino hacia esa dirección, fue mi famoso maestro y amigo Georg Forster. Con él empieza una nueva era de los viajes científicos, cuyo objeto es el estudio comparado de los pueblos y los países”¹.

Ya Forster, que en compañía de su padre había participado en la segunda expedición del capitán Jacob Cook por el mundo, había dejado sentados los fundamentos que deben acompañar al explorador científico, en su juvenil obra *Viaje alrededor del mundo* (1777), con estas palabras: “Un viajero que, según mi opinión, quiera cumplir todos los requisitos, deberá tener suficiente integridad para observar las materias particulares correctamente y a la luz de la verdad, pero también suficiente penetración, para relacionarlas, sacar de ellas consecuencias generales, con el fin de abrir desde ellas para sí mismo y sus lectores caminos a nuevos descubrimientos y futuras investigaciones”².

El poder de observación y la capacidad de vincular los más diversos fenómenos naturales y humanos, producto tanto del dominio de las materias científicas como del talento personal, atrajo de inmediato a esta obra el reconocimiento del mundo científico europeo. El programa del joven explorador y posteriormente decidido revolucionario Forster —un adepto ferviente de la Revolución Francesa, de lo cual da testimonio en su casi olvidada obra *Fisonomía de un año revolucionario. Recuerdos del año 1790*— implicaba la separación de la historia natural de la teología, para formular, con base en las teorías de Buffon, “una perspectiva de la naturaleza en su totalidad como una unidad orgánica e inorgánica en cuyo centro está el hombre”³. Su brillante y sobrio estilo no sólo se ponía al servicio de la observación novedosa

Página anterior:

Salto de Tequendama. Ilustración tomada del mapa *Nouvelle Grenade, Caracas et Guyanes*, de Pierre Lapie, (1812). Trabajo fotográfico de Elizabeth Heigy.

* Las fotografías de este Boletín formaban parte de los archivos de los dos viajeros alemanes, Stübel y Reiss.

¹ Alexander von Humboldt, *Kosmos. Entwurf einer physischen Weltbeschreibung*, Stuttgart, Editorial Cotta'schen, t. II, pág. 51. Existe una traducción (o, mejor, una versión muy personal bastante mutilada) de ese capítulo en una editorial argentina, reproducida, sin el mínimo criterio editorial, en el libro *Alejandro de Humboldt en Colombia* de Enrique Pérez Arbeláez, Bogotá (Ira. edic., 1959; 2da., 1981).

² Georg Forster, *Reise um die Welt*, Francfort, Editorial Insel, 1967, pág. 17.

³ *Ibid.*, en el epílogo por Gerhard Steiner, pág. 1036.



Alexander von Humboldt a la edad de 33 años con uniforme de capitán de minas prusiano, según H. S. Hermann. El óleo original se encuentra en Quito.



Silueta del joven Forster.

—vinculada a una comprensión totalizadora—, sino que despertaba vivamente la atención del lector culto, dentro de una clara intención de vulgarización de los conocimientos científicos. La época, sin embargo, no se limitó a la observación y descripción de los mundos exóticos (como se observa en la legendaria obra *Descripción del viaje a Arabia y otros países adyacentes* [1774], una de las más singulares aventuras científicas de esa época, financiada por la corona danesa y en nombre de la filología árabe, escrita por Carsten Niebuhr, padre del fundador de la historia moderna, Barthold Georg Niebuhr), sino que elaboró las primeras observaciones sistemáticas de las metrópolis europeas, como las realizadas por el conocido autor de aforismos Georg Ch. Lichtenberg y, sobre todo, en *Cuadros de la Renania, Brabante, Flandes, Holanda, Inglaterra y Francia en abril, mayo y junio de 1790*, del mismo Forster⁴.

Pero es la descripción de Tahití y las islas Sociedad, la belleza del paisaje, junto con la armonía natural de sus aborígenes que surgen de las páginas de su *Viaje alrededor del mundo*, uno de los cuadros que más viva influencia habrían de ejercer entre sus contemporáneos. Cercano al *Buen salvaje* de Rousseau —que parecía surgido de alguna página de los diarios de Colón—, Forster vuelve a entrever el poder de insinuación utópica de ese mundo primitivo. La simpatía cosmopolita, la aguda observación, el dominio de grandes panoramas, la revelación de detalles y el valor peculiar de la anécdota y, sobre todo, la sinceridad y el poder expresivo en el que se envolvían esas lejanas islas, parecían ya crear una contraimagen de la Europa despótica y feudal. El poder revolucionario de su visión —para el cual la temprana separación de su Alemania natal parece ser decisiva— dignificaba de nuevo al hombre, tanto a

⁴ Sobre la caracterización temprana de las grandes ciudades europeas es de mencionar, en lengua inglesa, la obra de Robert Vaughan y, en la francesa, la de Louis-Sébastien Mercier.



Casas campesinas de Soacha.



Corral de una hacienda en Soacha.



Arriero de Choachí.

su contemporáneo europeo como al remoto primitivo que se presentaba a sus ojos, y lo elevaba a la categoría genérica de la humanidad. Es por todo esto que Friedrich Schlegel, en su *Fragmento de una caracterización de los clásicos alemanes* (1797) considera a este viajero revolucionario el prosista mejor dotado, el que con mayor libertad y más alta moral encarna el espíritu moderno en la Alemania de fines de siglo⁵.

La literatura de viajes había determinado, pues, en la época inmediatamente anterior a Humboldt, los elementos constitutivos de un nuevo espíritu explorador —con indudables acentos utópico-socialistas— que él reelabora en forma de “fisionomía del cosmos”. El cosmos vuelve a concebirse como un todo ordenado armónicamente. Dentro de él, la naturaleza es contemplada como un todo autónomo y dinámico. Es ella el reino de la libertad y despliega en sí, a través de las fuerzas interiores y vivas de ese todo, las múltiples manifestaciones. La fantasía despliega todo su poder creativo allí donde el entendimiento no llega a comprender plenamente las vinculaciones: el logro de la ciencia descansa en el reconocimiento de la diversidad en esa multiplicidad en permanente desarrollo.

Apenas es necesario decir que en la literatura de viajes derivada de esa concepción no se trata de una trivial descripción de objetos y sucesos más o menos llamativos, es decir, de una entretenida guía de turismo, cuyo valor recae en la mayor o menor capacidad estilística del autor. El “sentimiento de la naturaleza”, la intuición de la unidad de los componentes vivientes e inertes del cosmos, la “simpática y dulce melancolía” que se experimenta frente al espectáculo de la naturaleza —en una composición, contrario a lo que se piensa vulgarmente, ajena al adorno retórico— determinan el nuevo tipo de contemplación de la naturaleza y el hombre.

⁵ Friedrich Schlegel, *Kritische Schriften und Fragmente (1794-1797)*, Paderborn, Editorial Ferdinand Schöningh, 1988, t. I, págs. 192-206.



Indígenas de Soacha.



Arrieros e indios de Soacha.

Humboldt alude a todo ese complejo de problemas en el siguiente párrafo del capítulo ya citado: “Repito aquí que pueden darse a las descripciones de la naturaleza contornos fijos y todo el rigor de la ciencia, sin despojarlas del aliento vivificador de la imaginación. Lo poético debe proceder de la relación presentida del mundo sensible con el intelectual, del sentimiento de la totalidad, del límite mutuo y de la unidad de la vida natural. Cuanto más elevado es el asunto, tanto más cuidado debe ponerse en evitar el adorno exterior del lenguaje. El efecto propio que producen los cuadros de la naturaleza está fundado en su composición; toda inspiración premeditada de su parte introducida por el autor, sólo puede ser incómoda. Quien esté familiarizado con las grandes obras de la antigüedad clásica y, en posesión de la riqueza de su lengua, sepa darle un carácter sencillo e individual a lo que recibió a través de su propia visión, no podrá errar en la expresión; tanto mayor será el acierto, cuanto el autor, describiendo la naturaleza que está a su entorno y no su propia disposición anímica, deja sin reservas la libertad de sentimientos a los otros”⁶.

II

A todo lo largo del siglo XVIII se escalona una literatura de viajes por Latinoamérica que ve llegar a sus inmensos territorios a científicos franceses como Amadeo Frezier, L. A. de Bougainville y Ch. M. de La Condamine, o a españoles como Félix de Azara, Jorge Juan y Antonio de Ulloa. En las obras de ellos no sólo se revive la aventura de conquista y la primera colonización —que había conocido una rica literatura desde el diario de Cristóbal Colón y las cartas de relación de Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Pedro Cieza de León hasta los relatos históricos del Inca Garcilaso de la Vega y José de Acosta, pasando por la obra de incomparable valor moral y político de fray Bartolomé de Las Casas—, sino que se abren las vías tanto para una exploración científica como para una reflexión política de alcances insospechados. El continente parecía despertar al compás de estos nuevos esfuerzos que anticipaban los deseos de la Independencia: “Los datos para una nueva visión de la vida americana —advirtió el venezolano Mariano Picón-Salas en su admirable libro *De la Conquista a la Independencia* (1944)—, la crítica contra el sistema colonial hispano en que estaban empeñados no sólo por gratitud investigadora, sino para servir mejor a sus intereses nacionales; algunos de los argumentos que esgrimirá posteriormente el criollo contra España (fanatismo religioso, abusos administrativos, atraso cultural, reivindicación del indio) aparecen en esa literatura descriptiva”⁷.

En su *Relación de viaje del Mar del Sur* (1732), inaugura el ingeniero Amadeo Frezier la serie de obras de grandes viajeros que recorrerán América en el siglo XVIII. Hijo de una ilustración temprana, revela Frezier, en su narración de las visitas que hizo a las costas de Chile y en particular a las del Perú en 1713, los componentes fundamentales del investigador dotado de agudeza perceptiva y de libertad de criterio. La prosa clara y sugerente, aliviada de retórica y adornos superfluos, la concisión de sus juicios y la certeza de las observaciones, hacen de este relato, además de confiable e

⁶ Alexander von Humboldt, *op. cit.*, pág. 53.

⁷ Mariano Picón-Salas, *De la Conquista a la Independencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 8a. edic., 1982, pág. 208.

instructivo, una de las piezas básicas de la literatura de viajeros americana. Repudia el honrado francés la corrupción generalizada y sin medida, pero sobre todo las prácticas de la vida religiosa y el estado social y las costumbres de sus habitantes. Aparte de las rutas de viaje, los comentarios de mapas y planos, de la fauna y flora, concentra su atención en la desmesurada presencia (y negativa influencia) del clero en estas ricas colonias. Las prácticas extravagantes, las costumbres rituales (sobre todo, la del rosario), las fiestas y procesiones religiosas acompañadas de corridas y comedias insulsas, en las cuales se combina lo sagrado con lo profano, resultan a sus ojos absurdas y de mal gusto. La dilapidación, la sensualidad y aún la impudicia (en especial de las limeñas), el lujo hiriente y los adornos de todo tipo en las reuniones sociales son la contrapartida de esa religiosidad que para él no es más que llana hipocresía y superstición rentable de la Lima barroca de don Pedro de Peralta. No se le escapa, por supuesto, la situación del indio peruano, en su trabajo extenuante y liquidador, servidor de hacendados y clérigos, y las consecuencias de esta ignominiosa explotación: “Está fuera de duda —asegura Frezier, anticipando las múltiples pruebas que de ello rendirán pocos decenios después Jorge Juan y Antonio de Ulloa— que estos pueblos, desesperados por la dureza de la dominación española, no aspiran sino al momento de poder sacudirla”⁸.

La crítica al sistema colonial, con todo, se agudiza, aun en autores de cuño más conservador: Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en sus conocidas *Noticias secretas de América* (redactadas en 1745 y cuya publicación en Londres en 1826 por David Barry formaba parte de la campaña política de agitación anticolonialista que animaban el venezolano Andrés Bello y el colombiano Juan García del Río desde la Biblioteca Americana, y el sevillano José María Blanco White desde su periódico *Varietades o Mensajero de Londres*), rinden un informe detallado del estado militar, político, administrativo, económico y social de los reinos del Perú y Quito, que recorrieron durante nueve años⁹. Llama la atención el tono de desconuelo en que describen a esos países, acosados por la mala administración pública, el contrabando, la corrupción generalizada, la insensatez de las actividades económicas y la injusticia social. La situación del indio y el estado del clero, secular y regular, ocupan las páginas centrales de un relato dramático que ejercerá una poderosa influencia en la literatura política e histórica durante todo el siglo XIX. El indio padece bajo múltiples yugos y múltiples amos que lo degradan, extorsionan, estafan, explotan, humillan, complaciéndose en su escarnio y paulatino aniquilamiento lo mismo el hacendado avaro, el corregidor codicioso y el cura lujurioso y sin escrúpulos. El cuadro que presentan en los capítulos I a IV de la segunda parte parece arrancado de la *Brevísima destrucción de las Indias* de De Las Casas, y la descripción de la conducta

Montañas de tierra fría.



⁸ Amadeo Frezier, *Relación del viaje por el Mar del Sur*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982, pág. 229.

⁹ Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *Noticias secretas de América* (repr. facsimilar), Bogotá, Biblioteca del Banco Popular, 1985.

depravada y sin regla del clero (salvo la de los miembros de la Compañía de Jesús, según los autores), en el capítulo VIII, se eleva a tal grado de indignación que parece un panfleto de denuncia, antes que un informe sereno de dos célebres científicos. Pero la realidad, como ellos podrían decir, supera en estos países cualquier exageración.

Por su parte, M. de La Condamine que, con Bourguer y Godin, formó parte de la comisión científica francesa que en 1736 se disponía a determinar las medidas de la franja ecuatorial (expedición en la que participaron, así mismo, los jóvenes españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa), también tardó diez años recorriendo parte del continente. Sin duda, es su relación *La América meridional* (1745) una de sus páginas de mayor interés. En ellas el legendario Amazonas, que parecía definitivamente confinado en su propia inmensidad, vuelve a ocupar un lugar central en la narración. Desde la aventura de Orellana en 1542, relatada en la *Relación* del fraile Gaspar de Carvajal —que justamente había dado lugar a la leyenda de la existencia, en las orillas del río, de esa “república de mujeres”, sin duda influido por la novela de caballería de las *Sergas de Esplandián*, hijo de Amadís, que terminó enrollado con la reina de las guerreras, Calafia¹⁰—, el gran río parecía destinado a surtir una vez más la imaginación de los europeos. El afán exótico no estuvo ausente en el viaje del científico ilustrado. La Condamine mismo se complace en relatar que averiguó insistentemente por las “belicosas mujeres”, sin descartar por un momento su inexistencia como fabulosa. Incluso alega en su favor algunos testimonios de crédito que se pueden tomar, piensa este francés del siglo XVIII, como indicios poderosos de la existencia de la tribu de estas guerreras marimachos, “que no tienen marido”¹¹. Estas páginas, sin duda, no dejarían de despertar una curiosidad en el lector culto europeo; incluso es de suponer que Humboldt no dejaría de complacerse leyéndolas, sobre todo porque provenían de quien en sus múltiples obras ya había dado datos tan acertados sobre la enorme naturaleza americana.

Contribuye al conocimiento de la naturaleza americana también el marino francés L. A. de Bougainville en su *Viaje alrededor del mundo*, realizado en la fragata La Boudeuse entre 1767 y 1769, es decir, entre las dos circunnavegaciones del capitán Cook. Admirador de Magallanes, su relato no está afectado por la relación con la literatura: son las páginas de un hombre de mar, escritas sin más intención que la de proporcionar conocimientos útiles a los navegantes. Bougainville había sido encargado de entregar oficialmente las islas Malvinas a la corona española, después que él la había conocido sólo unos años antes, en el octavo día de la creación: “Fue un espectáculo singular —escribe el primer explorador de estas exposiciones españolas— ver a nuestra llegada a todos los animales, hasta entonces únicos habitantes de



ndígenas de Choachí.



¹⁰ Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, caps. IV y V.

¹¹ Ch. M. de La Condamine, *La América meridional*, Bogotá, Colcultura, 1992, págs. 81-86.



Indígena de Choachí.



Indio de Bosa.

la isla, aproximarse a nosotros sin temor y no mostrar otros movimientos que los que inspira la curiosidad a la vista de un objeto desconocido. Las aves se dejaban coger con la mano: algunas venían ellas mismas a posarse en las personas paradas... Esta confianza no les duró mucho tiempo; bien pronto aprendieron a desconfiar de su más cruel enemigo”¹².

Cierra este ciclo dieciochesco la obra de singular significación y con intención sistemática *Viajes por la América meridional*, que, si bien fue editada en 1805, contiene las experiencias que el naturalista Félix de Azara recogió por América durante más de veinte años y que le dieron renombre. Explorador autodidacto, Azara ofrece en su primer tomo un cuadro detallado de la historia natural del continente, particularmente de la zona del río de La Plata y el Paraguay: clima, terreno, ríos, vegetales, fauna, desde los insectos, sapos, víboras y lagartos hasta los cuadrúpedos y aves singulares, polemizando en estas materias permanentemente con Buffon, al parecer sin la debida cortesía académica. Niega expresamente que en el continente americano se degraden las especies y los hombres: tanto las unas como los otros compiten en belleza y tamaño con las de cualquier otra parte del globo. Antes bien: “las razas o especies de hombre de la más alta talla, de formas y proporciones más elegantes que haya en el mundo, se encuentran en el país que describo”¹³. El segundo tomo se detiene en los indios salvajes, bohanes, chanás, pampas, guayanas, payaguás, tobas, etc. y en los guaraníes sometidos a las misiones jesuíticas, para él tan nefastas como innecesarias. Rechaza la idea generalizada de que la reducción de los indios se debió a la persuasión y a la predicación apostólica: fue más bien obra de la supervivencia y la necesidad de estas tribus perseguidas por los cazadores portugueses de esclavos. Azara, al igual que ya lo habían hecho Frezier y Bougainville (a éste último le correspondió presenciar la expulsión de la Compañía de Jesús, en 1767, de los territorios americanos), ve en el imperio jesuítico una estructura política prodigiosa, destinada a llenar sólo las ambiciones de los celosos e infatigables soldados de Loyola. Cierran el conjunto un capítulo en que se da noticia de las ciudades y villas del Paraguay y otro en el que se expone una historia abreviada del descubrimiento y conquista de La Plata y Paraguay. Sus estudios lo llevan, pues, a valorar el continente americano como un depósito excepcional de la naturaleza (y lo inducen a cuestionar, con espíritu de osada libertad, el orden dogmático de la creación bíblica, así plantea hipótesis que más tarde aprovechará el evolucionismo), pero sobre todo como un laboratorio humano que contradice la supuesta superioridad del hombre europeo, la hegemonía arrogante de la raza blanca para la ciencia y la vida del espíritu.

¹² L. A. de Bougainville, *Viaje alrededor del mundo*, Buenos Aires-México, Espasa, 1946, pág. 60.

¹³ Félix de Azara, *Viajes por la América meridional*, Madrid, Espasa, 1923, t. I, pág. 284.



Indio de Chocontá.



Indios de Choachí.

En suma, el siglo XVIII acumuló una gran cantidad de información valiosa procedente de los viajeros científicos. El material acumulado no era de ninguna manera despreciable y trataba sobre las más diversas materias: rectificaciones de navegaciones; levantamiento de mapas y planos; observaciones astronómicas; descripciones de la flora y la fauna y de las condiciones climáticas; apreciaciones sobre la existencia y las explotaciones de las minas; anotaciones sobre la problemática vida política y los sordos conflictos que encendían los ánimos de los diversos sectores; cuadros de la vida social y las costumbres (algunos de ellos fundamentales para realizar una historia social de las costumbres y la sexualidad, como los de Frezier). Por eso, cuando llega Humboldt, que ha sido llamado, no con mucha razón, el “descubridor científico” de América, no sólo este repositorio está a su disposición (además del que los mismos hispanoamericanos cederán sin reserva al viajero berlinés), sino que él constituirá una base sólida para muchas de sus futuras investigaciones científicas.

III

Alejandro de Humboldt tocó por primera vez puerto colombiano, fondeando en Cartagena, el 30 de marzo de 1801. Antes de su arribo al puerto dos veces, a consecuencia de un peligro de naufragio y, el mismo día, al ser atacado por negros cimarrones durante un eclipse lunar, estuvo a punto de perecer en playas colombianas. En la ciudad amurallada, fue hospedado por el amigo de José Celestino Mutis, José Ignacio de Pombo; de allí se desplazó a Turbaco, lo que dio motivo a la descripción de sus volcancitos de lodo, y acopió por toda la provincia nuevas especies botánicas en compañía de su inseparable amigo Aimé Bonpland. De su viaje por el río Magdalena, informa a su hermano Guillermo, en carta del 6 de junio de 1801: “Hemos descubierto, y no tengo la menor duda al respecto: que el cocodrilo del que están aquí llenos los grandes ríos, tiene 25 pies de largo y un ‘Corbiaritum, biloculare’ (un corazón con dos aurículas y con dos cámaras), como un animal de sangre caliente”¹⁴. En su viaje hacia Bogotá, también a instancias de Mutis, fue recibido amistosamente en Honda por Pedro Diago y en Guaduas por José de Acosta. Su llegada a Bogotá, el 15 de julio de 1801, constituyó un espontáneo recibimiento triunfal.

Casi dos meses permaneció, esperando que su acompañante se recuperara de las fiebres palúdicas en la confinada ciudad capital del Reino de la Nueva Granada —la capital más alejada de un puerto marítimo de todo el continente, como lo observó el mismo Humboldt—, en donde tuvo oportunidad de visitar los circunvecinos montes de Monserrate y Guadalupe, el salto de Tequendama (del que dejó unas breves páginas, publicadas en *Cuadros pintorescos de las cordilleras*), las minas de Zipaquirá (de cuyos

¹⁴ Alexander von Humboldt, *Briefe aus Amerika, 1799-1804*, Berlín, Editorial Akademie, pág. 141.

yacimientos, tan peculiares y como deplorablemente explotados, hizo una detallada y brillante memoria) y de tomar abundante información científica, principalmente del botánico gaditano Mutis, cuya colección calificó de extraordinaria, sólo comparable con la del jardín botánico de Londres. La sabana de Bogotá y sus primitivos habitantes llamaron poderosamente la atención del viajero: de la primera ofreció una semblanza de la comarca, su formación geológica y las peculiaridades de la meseta; y sobre los chibchas se detuvo a hablar en varios de sus escritos, en especial en *Monumentos de los indios muisca*, donde aparece un pormenorizado artículo sobre el calendario, el lenguaje, el sistema numérico, los mitos, los ritos y los objetos de orfebrería y alfarería de estos desaparecidos y notablemente civilizados habitantes de la Sabana, basado en los manuscritos de Duquesne facilitados por el mismo Mutis.

Prosiguió su viaje hacia Popayán, pasando por Ibagué (en cuyo camino visitó el puente natural de Icononzo, en las inmediaciones de Pandi) y atravesando la cordillera Central a la altura del paso tortuoso y fantástico del Quindío. De ese paso, que le demandó 14 días de viaje, también dejó Humboldt unas notables páginas, publicadas en *Cuadros pintorescos...* Cruzando a lo ancho el hospitalario valle del Cauca —según sus palabras—, llegó a la antigua capital de esa región, a la ciudad de Popayán.

En Popayán tuvo oportunidad de caracterizar el alto espíritu científico de sus patricios: “Los habitantes de esta ciudad tienen una cultura mucho mayor de lo que pudiera esperarse, pero mucho menor de lo que ellos se imaginan”. A ello agrega, para el destinatario de sus palabras, Mutis: “Aquí todos recetan, porque han leído al Tissot; todos saben química y física, porque han visto el Espectáculo de la Naturaleza. Por lo demás, es muy débil el amor a las ciencias de que tanto se lisonjean estos habitantes. Ninguno ha querido acompañarnos en nuestras excursiones difíciles, ni nos han preguntado el nombre de una planta ni de una piedra. Ninguno ha examinado las maravillas que tienen alrededor de sí, tales como las bocas del volcán, su altura, su situación, bien que esta reprensión puede hacerse a toda América”. Y remata enfáticamente: “Estos jóvenes no pueden dar sino una raza afeminada e incapaz de los sacrificios que piden las ciencias y la sociedad”¹⁵. En su exploración del Puracé, el volcán cerca de esta ciudad —cuna de Francisco José de Caldas y, tal vez por sólo ese hecho, de presunciones científicas—, le llamó la atención el río Vinagre, por el alto contenido de sulfuro y materia volcánica de sus aguas.

El último día del año 1801 cruza la frontera, prosiguiendo a Quito, después de remontar la cordillera por la vía de tierras altas, para evitar la hoya profunda y malsana del Patía, hacia Pasto y Túquerres. En la población ecuatoriana de Ibarra es recibido



Indígenas de Choachí.



¹⁵ *Ibid.*, págs. 155-156.

por Caldas, en ese momento residente en Quito, quien ya le había manifestado el entusiasmo por su cercano encuentro: “¡Qué felicidad para mí, señor barón! Mil veces he dado gracias a la Providencia por haberos inspirado el proyecto de dar la vuelta al globo en mis días y en un tiempo en que puedo aprovecharme de vuestros profundos conocimientos”. Las expresiones de vivo entusiasmo, de felicidad y esperanza, de impaciencia sincera por ver al famoso viajero y acompañarlo, no encontraron la correspondencia deseada, por más que la posteridad haya querido silenciar el penoso episodio y por más que Humboldt haya querido honrar al joven americano citándolo de vez en cuando, pero después de su miserable fusilamiento. Expresiones de Caldas (sin duda, algo altisonantes, por no mostrar reservas) como “¡Dichoso si puedo servirlos en alguna cosa mientras permanezcáis entre nosotros! Mil veces más dichoso, si, libre de las cadenas que me atan a este suelo enemigo de las ciencias, pudiera seguirlos hasta las regiones más distantes adonde os arrastra esa sed insaciable de saber”, parece que tuvieron por parte del barón prusiano una respuesta reservada, cercana al desdén.

IV

El territorio de lo que hoy comprende la república de Colombia no ocupa, dentro de la obra de Humboldt, un lugar privilegiado. No existe un libro completo sobre el país, como sí sucede con Venezuela, México y Cuba. Tal vez en su obra más famosa, *Del Orinoco al Amazonas. Viaje por la zona ecuatorial del Nuevo Continente* (1814), siguiendo el modelo expositivo de su maestro Forster, pero imprimiéndole cierto *pathos* que distaba de las serenas páginas del *Viaje alrededor del mundo*, Humboldt encuentra la expresión más característica en el género de los escritos de viaje. El ánimo de objetividad científica se acompaña aquí de elementos dramáticos, de observaciones que despiertan un vivo interés, de cuadros exóticos que no pueden dejar de causar su efecto. La ordenación del material geodésico, botánico, mineralógico, etnográfico, no estorba la narración en el marco de una naturaleza tropical, de voluptuoso y espeso follaje y de animales bulliciosos y terribles —propicia a la “poesía de hamaca y abanico”, como anota con ironía Alfonso Reyes—. En ese escenario majestuoso, remoto e inexplorado, se combinan hábilmente los datos con las aventuras; la mirada perspicaz detrás de las materias más novedosas con la anécdota que cifra todo un nuevo mundo. De ese viaje por el territorio venezolano queda la imagen armónica y majestuosa de una aventura espiritual en la que la ciencia y la fantasía encuentran un equilibrio logrado gracias a la combinación de elementos de origen heterogéneo.

Indígenas de Choachí.



Indio de Bogotá.





Indígenas de Bogotá.



Desde los preparativos del viaje y el apoyo efectivo de uno de los ministros de la corte de Carlos IV, Mariano Luis de Urquijo, el relato de Humboldt se concentra en la descripción tanto de sucesos como de fenómenos naturales y humanos. El arribo a Tenerife y la visita a su volcán, los primeros contactos con la zona tropical (o zona tórrida, como se decía en ese momento) y su llegada a Cumaná dejan ya en él la convicción de que “la naturaleza es una fuente inagotable de investigación, y en la medida que la ciencia avanza, ofrece a quien sepa interrogarla, siempre un nuevo aspecto que hasta ahora no ha sido contemplado”¹⁶. Animales, plantas, estrellas, composición geográfica y mineralógica, hombres, lenguaje, vestimenta, estado de las ciencias y la cultura, todo llama la atención al viajero: todo busca ser ordenado en un cosmos enciclopédico, en el que no hay dato incidental o elemento arbitrario. Integrar los datos: esa es la tarea que lo va conduciendo desde Cumaná, Nueva Barcelona, Caracas, hasta casi la desembocadura del Orinoco, atravesando los ríos Apure, Arauca, Negro y Amazonas por zonas aún no pisadas por ningún europeo. El objetivo del viaje, determinar que los ríos Amazonas y Orinoco no comparten la misma fuente, se ve rodeado de múltiples objetos: no se trata de una memoria académica al estilo de la de La Condamine, sino de un documento literario cuyo alcance rebasa el mero interés científico. No sólo sus conclusiones científicas, sino también el tránsito mismo de la aventura, están en el centro de la ciencia. Los diversos cuadros que compuso a su paso, como el de los indios otomanes que comen tierra durante los duros meses de hambruna, parecían destinados a ejercer una impresión que no podía caer en fácil olvido, esto es, que pretendían ser parte de la literatura universal.

El *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* (1808) carece, por su parte, de muchos de esos atractivos. Es una exposición sobria, acompañada de abundantes datos estadísticos, con pasajes que recuerdan a impersonales informes burocráticos. El carácter aventurero que se observa en su libro sobre el Orinoco cede el paso a un tono en el que la sociedad y la organización estatal de México son objeto de una atención propia de un consejero de Estado. Más que en la naturaleza, se centra el informe, destinado a su “Majestad Católica Carlos IV, Rey de España y de las Indias” para reformas futuras del extenso virreinato, en el estado actual de la población, su distribución geográfica, su industria, agricultura y minería. Apela en él más a la razón de gobierno que busca datos claros y confiables que a la sensibilidad que se deja seducir por la fantasía. En el centro de la reflexión está la crítica del reformador, observando una moderación tanto más pertinente cuanto más parece osada: “México —escribe Humboldt— es el país de la desigualdad”¹⁷. La desigual distribución de los oficios, de las fortunas y de la población en el vasto territorio asombra tanto como el estado avanzado de muchas de sus actividades científicas y económicas. El

¹⁶ Alexander von Humboldt, *Vom Orinoko zum Amazonas. Reise in die Äquinoctial-Gegenden des neuen Kontinents*, Wiesbaden, Editorial Brockhaus, 1985, pág. 59.

¹⁷ Alexander von Humboldt, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, México, Cía. General de Ediciones S.A., 1953, pág. 74.



Indígenas de Bogotá.



Ensayo sobre la Nueva España es, pues, un intento razonado de esclarecer la situación de esa colonia, sin otro objeto que ofrecer un cuadro preciso de una sociedad que da ya muestras de una transformación con algunos estándares de los países europeos. Y si bien anota las sordas discordias entre las diferentes castas (españoles, criollos, indios, negros y mestizos), no parece anticipar los resultados de la contienda revolucionaria que se librarán sólo un par de años después.

Pertenece a este mismo género de indagaciones el *Ensayo político sobre la isla de Cuba* (1826). El estudio pormenorizado de la población, el suelo, el clima, la agricultura y el comercio se ve respaldado aquí con una copiosa documentación estadística. Se acentúa la importancia de Cuba, no sólo por la significativa extensión territorial en el conjunto de islas de las Antillas, sino por su posición estratégica, al ser eje de confluencia de la Florida, México, las otras islas antillanas y la parte sur del continente. Parece, por ello mismo, estar La Habana “diez veces más cercana a España que México, Caracas y la Nueva Granada”, aunque esta impresión va desapareciendo paulatinamente después de la independencia de las colonias continentales. Ocupan largas páginas el análisis sobre la producción del azúcar (sus métodos no científicos de explotación, como había observado ya en la explotación de la plata en México o de la sal en Colombia) y, sobre todo, las reflexiones sobre la mano de obra esclava en los ingenios. Abiertamente, protesta Humboldt contra este sistema de trabajo y contradice a todos aquellos que justifican este irracional modo de producción. El capítulo VII, “De la esclavitud”, constituye la argumentación característica de un ilustrado que no encuentra, ni siquiera en el sistema morigerado de esclavitud cubano comparado con el de las colonias inglesas, ninguna razón ni moral ni económica de su existencia: “La filantropía —enfatisa Humboldt, sin ambigüedades— no consiste en dar un poco de bacalao más y algunos azotes menos; porque una verdadera mejora de la clase servil debe abrazar la posición total, moral y física del hombre”¹⁸.

Estas estaciones del viaje de Humboldt tendrían, sin embargo, otra significación para la vieja Europa: detrás del exotismo se podían percibir muy bien las posibilidades de expansión del capitalismo mundial. No otra cosa hace Goethe cuando, en su conversación con Eckermann del 21 de febrero de 1827, manifiesta el deseo de ver realizada, por medio de un canal, la comunicación del Caribe con el océano Pacífico. Pero le parece que, inevitablemente, será el joven y vigoroso Estado norteamericano el que irá a llevar a efecto esa empresa, de gran interés para el comercio mundial, como son a la vez el canal del Suez y el del Rin con el Danubio. No sólo esperaba que la llevaría a cabo felizmente, sino que se lamentaba el literato, desde Weimar, de no poder vivir suficientemente para ver concluida su esperanza.

¹⁸ Alexander von Humboldt, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, La Habana, Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, 1960, pág. 284.

A Humboldt sucedió una larga (casi interminable) lista de viajeros que emprendieron la aventura de explorar el territorio colombiano durante el siglo XIX. Aventureros, exploradores científicos, comerciantes, diplomáticos, militares, ingenieros y simples belicosos o estafadores extranjeros dejaron por escrito sus impresiones sobre el clima, los hombres, el paisaje colombiano, las ciudades y las costumbres. Entre los múltiples relatos son de mencionar, por la relevancia de sus autores, el del francés Jean-Baptiste Boussingault; el del joven italiano Agustín Codazzi y después el de su acompañante de sus años posteriores, el colombo-cubano Manuel Ancízar; el del francés Eliseo Reclus; el del alemán Alfred Hettner; el del norteamericano Isaac Holton; el del francés Pierre d'Espagnac, el del suizo Ernst Röthlisberger y el del argentino Miguel Cané. Boussingault y Codazzi ofrecen sus versiones por medio de memorias; Ancízar, Reclus y Hettner prefieren el libro de viajes, propiamente dicho, para dar al público la versión de su experiencia con el país.

Boussingault, que contaba apenas 20 años, había llegado a Colombia contratado por Francisco Antonio Zea en 1822 y recomendado a Bolívar por Humboldt para "hacerse cargo de la cátedra de química y mineralogía en Santafé de Bogotá y cuya suerte (para expresároslo enérgicamente y en pocas palabras) me interesa como si él hiciera parte de mi familia"¹⁹. Inicia así el joven, mitad científico, mitad aventurero, una larga peregrinación de doce años por tierras americanas. Colombia será el lugar de sus actividades principales y, a través de sus *Memorias* (1892-1903), el territorio que, al parecer, le dejó la más perdurable impresión. Recorre el país entero, complementando en parte las investigaciones iniciadas por su protector Humboldt (por ejemplo, muchas mediciones astronómicas o experimentos para determinar inquietudes humboldtianas, como el mayor ruido de las cascadas en las noches o la composición química del río Vinagre) y en parte participando en la sed de la explotación minera que se avivó en forma inmoderada después de la Independencia (fue responsable, entre otras cosas, de la activación de la rica veta de Marmato). Sus *Memorias*, escritas evidentemente por un aficionado a las letras y desafortunadamente sin atender a la naturaleza propia del género, es una mezcla poco hábil de informes científicos, atiborrados de los resultados numéricos de sus experimentos, con anécdotas que fácilmente descienden a cierto tono de chismorreos e infidencia o de aventura erótica en la que, casi invariablemente, él es el donjuán del cuento picante y no pocas veces el Adán afortunado en la arcadia tropical: éste (se refiere a la hacienda de El Rodeo cerca de Supía) "fue para mí un sitio de delicias; esa soledad era mi paraíso y con una serpiente y, hay que confesarlo, con una Eva encantadora que me asistía en mis

Indígena de Soacha.



Indios de Choachí.



¹⁹ Enrique Pérez Arbeláez, *Alejandro de Humboldt en Colombia*, Bogotá, Colcultura, 1981, pág. 266.

observaciones”²⁰. También, por supuesto, la ironía acertada no escapa a estas páginas: “Al observatorio [construido por Mutis y abandonado en el estado más lamentable (observación reiterada por múltiples viajeros en el transcurso del siglo)] —comenta el parisino amante de los detalles— no le hace falta sino un astrónomo”.

Por su parte, el teniente Codazzi, que después de recorrer en busca de oficio los países de la Europa oriental, Alemania, Holanda, los Estados Unidos y Buenos Aires, terminó embarcándose hacia el mar Caribe, que se debatía en las largas guerras de Independencia, para arriesgar más ventajosamente la vida “en climas cálidos, que en las frías regiones del norte”²¹. Encargado de una delicada misión militar, Codazzi penetra por el Chocó en territorio colombiano, superando sin dificultad todos los tropiezos que encontraba a su paso, pues conocía la lengua del país a la perfección; es decir, obsequiaba al funcionario un presente proporcionado a la solicitud de lo que deseaba, que resultaba de esta manera invariablemente acogida. Ese infalible abracadabra —que en el período colonial un Frezier o un Jorge Juan y un Antonio de Ulloa, y más tarde, en el republicano, un Hettner o los mismos Stübel y Reiss señalan como “corrupción generalizada y sin excepción”— lo llevó de las malsanas playas del Atrato al valle del Cauca, a Ibagué, a Bogotá (donde ocupaba la vicepresidencia Santander), a Cartagena y de regreso al Chocó. Su relato logra una de las más acabadas expresiones de la literatura de viajeros en nuestro siglo XIX, cuyas descripciones de la densa manigua tropical y los infinitos obstáculos que presentan al que ose marchar por ellas sirven para avivar la imaginación, aunque tal vez no satisfagan plenamente las exigencias del naturalista. Cualquier página de esta especie, del militar audaz y más tarde célebre geógrafo, comunica la impresión justa del ambiente, precisamente por no estar sobrecargada de los elementos enervantes que más tarde propondrá el cubano Alejo Carpentier como modelo descriptivo de nuestra naturaleza.

Nada más lejos de ello que unas líneas soberbias de este buen observador italiano, creyente en la libertad republicana: “Además de la lluvia, —escribe del Chocó en *Las memorias* (1825)— es grande el tormento de los insectos. Las playas del mar, de



Tipo de indígenas de Honda y Bogotá.

²⁰ J. B. Boussingault, *Memorias*, Bogotá, Banco de la República, 1985, t. III, pág. 55.

²¹ Agustín Codazzi, *Las memorias*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970, pág. 41.



Llanero de Casanare.



Tipo de mujer de tierra caliente.

los ríos y de los lagos están ennegrecidas por pequeños animalitos, que cambian de aspecto y de piel en menos de una hora, para adquirir alas, largas patas, un aguijón y una trompa aspirante para chupar la sangre: estas picaduras producen la ruptura de la piel provocando una quemazón insoportable que provoca rascarse, y si se hace con exceso, por la malignidad del clima y la suciedad de las uñas, las desolladuras degeneran en enfermedad”. Y después, como complaciéndose en transmitir la misma picazón, agrega una lista bastante minuciosa de tan encantadora fauna minúscula: “Hay también numerosísimas bandadas de mosquitos, matutinos y vespertinos, pequeños, los cuales por la mañana y por la noche atormentan de un modo insufrible. Los zancudos fastidian continuamente, con sus zumbidos, y pican todo el cuerpo con su larguísimo aguijón; los hay negros, grises y verdes. Se encuentra también el rodador, especie de gran mosca que se alimenta de sangre y no deja de picar continuamente por todas partes hasta que no esté harta; de día vuelan tan numerosas como nuestras moscas. Las chinches voladoras son hediondísimas, como también las cucarachas. Las avispas, que cuelgan en los árboles como saquitos de arena, se lanzan furibundas sobre los que no sepan esquivarlas. No faltan los tábanos y un moscardón peludo y negro, el cual, al picar, produce un tumor que genera inmediatamente un gusano; éste se cubre de pelo, crece, y si no se elimina pronto, gangrena la parte dañada. Además de estos insectos están las niguas, que se introducen en los pies, y una especie de murciélago que de noche chupa la sangre de la punta de los pies y de las manos y si la persona duerme muy profundamente puede incluso llegar a desangrarla...”. Con todo, todavía le queda al viajero suficiente espíritu para admirar otras prodigiosas obras de la naturaleza tropical, que producen “ora terror, ora deleite, y siempre asombro”²².

Más tonificantes, sin duda, resultan los cuadros presentados por Manuel Ancízar en su *Peregrinación de Alpha por las provincias del norte de la Nueva Granada, en 1850-1851*, que constituye la versión publicística del viaje que emprendió en compañía del mismo Codazzi y del botánico G. Triana, como miembro de la Comisión Corográfica, organizada por el general Mosquera. Fundador y redactor de *El Neogranadino*, Ancízar se ocupa en su extenso volumen en ofrecer no sólo una descripción geográfica de las poblaciones que recorre: Zipaquirá, Ubaté, Chiquinquirá, Saboyá, Vélez, Socorro, Barichara, etc., sino un enjuiciamiento de su estado social y moral. Agrega a ello unas recomendaciones para reformas necesarias en vivienda, salud (observa a su paso la extendida presencia del “reverendo coto”, nuestro “apéndice nacional”)²³, educación y fuentes de producción de estos recónditos poblados. Intento estadístico, líneas preparatorias para un diccionario geográfico, introducción

²² *Ibid.*, págs. 113-114.

²³ Manuel Ancízar, *Peregrinación de Alpha*, Bogotá, Empresa Nacional de Publicaciones, 1956, pág. 162.



Campesina de Bogotá.



Campesina de Honda.

a la historia precolombina, esbozo etnográfico, el libro reúne este conjunto de materias, pero sobre todo parece estar destinado a la divulgación de su credo político: la lucha contra la superstición e idolatría y el estímulo de las actividades benéficas y los oficios productivos que eleven el estado de estos pueblos, y ve en el cura ilustrado (¡los hay tan pocos!, se lamenta este liberal) el agente civilizador de la provincia.

Eliseo Reclus, por su parte, en su libro *Colombia*, que formaba parte de la *Nueva geografía universal, la tierra y los hombres* (1875), compuso un cuadro equilibrado de la historia, los climas, las montañas y los ríos, la flora y la fauna, la población y las ciudades actuales del país. La obra, que gozó de mucho prestigio y fue traducida al español en 1893, inspirada sin duda por los métodos descriptivos de Humboldt y aprovechando los materiales de Boussingault y Codazzi, combina los datos científicos con ciertos arranques de inspiración poética: “Vistas de Bogotá —escribe el geógrafo francés acerca del macizo de Sumapaz—, estas bellas montañas que el sol poniente dora, parecen un olimpo, una morada de los dioses bienaventurados que gozan de eterna paz”²⁴. Resalta en ella, sin embargo, una actitud de protesta por la temprana e irreparable depredación de la naturaleza colombiana. El capitalismo aventurero y los nativos sin conciencia y sin escrúpulos contribuyen a un desbosque creciente y a la desaparición de especies animales y vegetales, muchas veces sólo para vender una suntuosa orquídea en Europa: “Uno de esos cazadores de orquídeas, que tiene la audacia de recriminar la sistemática destrucción ejecutada por sus rivales, cuenta con orgullo cómo en una campaña de dos meses hizo derribar cuatro mil árboles para recoger cerca de diez mil *odontoglossum*, cambiando su campamento en la selva a medida que se adueñaba de su adorno floral para guardarlo en sus cajas”²⁵. Temprana e inútil destrucción de la naturaleza —por ejemplo, de las plantas de quina o de espectáculos como el salto de Tequendama, que ya hacia 1882 se veía adornado por el ferrocarril a Girardot—, que también mencionará Hettner. El libro ofrece en sus últimos capítulos un tímido ensayo de caracterización nacional y regional que, por ingenuo —y, por tanto, susceptible de crítica— que hoy parezca, sin embargo, no desemboca en el delirio del conde Hermann Keyserling en sus elogiadas *Meditaciones sudamericanas*.

También otro notable geógrafo visita el país por esos años: el alemán Alfred Hettner, quien inicia su larga carrera científica explorando la cordillera Oriental, lo que dio lugar a su estudio monográfico *La cordillera de Bogotá. Resultado de viajes y estudios* (1892), adelantando, como él mismo lo expresa, esfuerzos, aunque menos espectaculares, igualmente importantes para las ciencias; vale decir, esta obra es una contribución a los estudios regionales. Años antes, en 1888, Hettner había publicado

²⁴ Eliseo Reclus, *Colombia*, Bogotá, Biblioteca Schering Corp. USA, 1965, pág. 35.

²⁵ *Ibíd.*, pág. 122.

Viaje a los Andes colombianos, en el que ofrece el cuadro de una Colombia que se mueve difícilmente en la ruta del primer desarrollo capitalista. Da cuenta de su paso, de Barranquilla a Bogotá, descrito con ciertos pormenores. Allí llama la atención, particularmente sobre los intentos de construcción de los primeros trayectos de ferrocarriles aún inacabados e, indudablemente, hechos sobre terrenos “insuficientemente investigados”²⁶, producto tanto de la improvisación y la inexperiencia como del afán especulativo de los políticos de turno. Bogotá, aparte de la legendaria miseria y suciedad, ofrece al viajero una transformación que se apuró a registrar. Se trata del cambio del nombre por la numeración de las calles, siguiendo la moda norteamericana, aunque es este rasgo, comenta, lo único que hacía parecerse estas calles estrechas y mezquinas —en realidad, cloacas mal empedradas— a las avenidas del imperio del norte. Por lo demás, la ciudad brindaba al extranjero sus atractivos: el hospicio, el cementerio, el manicomio, la cárcel y el parque de Santander. Era de agregar la nota de apatía respecto a la ciencia en la oligarquía capitalina —las excepciones no sólo corroboran la regla (Cuervo, Caro, Ancizar, Camacho Roldán, Uricoechea, Triana, Acosta), sino que definen el perfil aficionado y los malabares para financiarse sus actividades los hombres de ciencia—, la falta de gusto estético, el desinterés por la lectura, la inclinación excesiva por el juego y la participación inescrupulosa en la vida pública y los cargos del Estado. Las mujeres de la alta sociedad, todas con apariencia beata, lo que no implicaba el ser necesariamente fieles a sus maridos, no resultan suficientemente atractivas al joven alemán, que, por otra parte, constata que para el caballero bogotano la etiqueta (es decir, esos modales hispánicos de falsa cortesía a la que aluden con insistencia Stübel y Reiss) era la parte más esencial de la civilización. Por el contrario, encuentra el viajero un mayor deleite en contemplar las mujeres del pueblo y elogia sin hipocresía las virtudes, modestas y sencillas, del hombre simple colombiano, no dejando de advertir las huellas negativas de su máxima pobreza y su rudimentaria cultura.

VI

Lo primero que despierta la atención de las cartas de Alphons Stübel, aún más que las de Wilhelm Reiss, es su irreprimible intolerancia. Palabras como “canalla”, “lumpen”, “estafadores”, “vagos”, “ignorantes” (o sus sinónimos, “caballeros” o “doctores”) recurren reiterativamente a su correspondencia para caracterizar a los habitantes del país, muy en particular a sus pretensiosas elites. Pocos días fueron suficientes para persuadir a estos viajeros de que se encontraban en un país notable:

Indígena de Silvia (Cauca).



Indígena de Zambalo (Cauca).



²⁶ Alfred Hettner, *Reise in den columbianischen Anden*, Stuttgart, Editorial Brockhaus, 1969, pág. 42.

“La situación estatal de la República de Colombia —escribe Stübel en carta dirigida a su “querido tío Alfred” el 20 de marzo de 1868, sólo un mes después de su arribo— llama la atención en una alta medida y no puede ser considerada de ninguna manera como un modelo institucional. Seguridad de la propiedad no se conoce. Quien no quiera pagar no paga; el confiado no tiene a la mano ningún medio para recobrar su dinero. Las revoluciones en cada uno de estos Estados nunca llegan a su fin, porque los partidos liberal y conservador no buscan acceder al poder a través de las listas electorales, sino que conducen al lumpen armado, a los voluntarios (es decir, a la gente que es agarrada con un lazo y obligada a prestar servicio militar en uno de los partidos) a la guerra, en la cual la mayoría de las veces no se derrama mucha sangre”. Las mismas observaciones sobre la organización social, el atraso económico del país, el increíble descuido de las personas, su falta de seriedad y honradez ocupan los renglones centrales de su correspondencia. Pero lo que más le irrita, hasta el punto de poner en cuestión el nombre de “sociedad” dado a este aglomerado de gente sin escrúpulos, es ver la arbitrariedad sin medida con que los hacendados disponen no sólo del trabajo sino de la vida misma de los indígenas. El episodio, que narra con detalles en la carta del 27 de mayo de 1869, del asesinato de uno de estos infelices desamparados a manos de “un tal Cárdenas Mosquera” cerca de Puracé, forma parte de los mismos casos que llenan el extenso memorial de agravios de Jorge Juan y Antonio de Ulloa.

En una observación marginal sobre la ciudad de Pasto (que no se puede calificar de excesivamente exagerada) se deja ver claramente el tono de estos nuevos informes de viajeros de la época de Bismarck: “Pasto tiene —escribe el mismo Stübel en carta fechada el 17 de septiembre de 1869— alrededor de 8.000 habitantes y está, como todas las ciudades colombianas, muerta. Ningún salón de té, ningún paseo público, ninguna muestra de relaciones amistosas de uno frente a otro, excepto las desagradables fórmulas de cortesía verbal. Lo único que da vida a las calles son los beodos perdidos, los blancos algo menos humorísticos que los indígenas”. La última carta de Stübel fechada en Túquerres el 17 de enero de 1870, no es más que un resumen de lo que repitió a lo largo de los casi dos años que él y su compañero de viaje gastaron en realizar sus investigaciones vulcanológicas en territorio colombiano, sin que quede la mínima vacilación de la viva impresión —muy lejos del agrado— que despertó en él el país: “No me quedaré aquí innecesariamente ni una hora, pues tanto el tiempo como el estado de abyección de la población y el desharrapamiento sin límites de todo el país me impulsan a la impaciencia. Mucho mejor viajaría por un país donde,

Indígena de Pitayó (Cauca).



Indígena de Silvia (Cauca).





Indígena de Gatofrío (Cauca)



Indígena de Silvia (Cauca)

de cuando en cuando, fuera asaltado en la calle por ladrones, pero también, de cuando en cuando, me encontrara con un hombre decente, que por un país donde todos poseen un carácter de asaltantes de caminos, y no se está ni un instante seguro de cuándo éste se presentará. Desde hace diez años que los bribones colombianos han contribuido a atrasar el país en tal forma, que hoy es apenas reconocible. El juicio más fuerte que puede tener esta república está en el hecho de que casi ningún extranjero intenta establecerse en el interior del país, pese a que la región es maravillosa y el suelo y los víveres son extraordinariamente baratos, o que alguien se atreva a instalar un negocio”.

No menos críticas son las caracterizaciones de Reiss, aunque ellas se ven moderadas por un tono de cierta simpatía frente a una realidad que, en todo caso, juzga increíble. La diatriba se convierte en él en comentario irónico: “Debería entonces —escribe aludiendo, en su carta del 13 de mayo de 1869, a las tremendas erupciones del volcán aledaño a la ciudad de Pasto (al fin, Colombia) y que habían dado lugar a un recibimiento mesiánico del geógrafo alemán— investigar el volcán o al menos reducir a obediencia al furioso demonio que está allí dentro. Desafortunadamente, correspondí muy mal a las expectativas, pues en lugar de subir inmediatamente a la montaña, permanecí en cama ocupado, no en agarrar al demonio, sino en curarme de una fiebre muy alta. Pero como el volcán se ha mantenido sin actividad desde el día de mi llegada (sólo dos o tres veces se han podido oír los truenos de las explosiones y ver sólo una vez columnas de humo), ha dado pretexto a la credulidad, para que se diga que tan sólo mi presencia ha mitigado la furia del volcán”.

De “la dictadura perpetua” (Juan Montalvo) de García Moreno, aun pese a la cierta estimación que despertaba en ellos ese gobernante ecuatoriano, también quedan sus correspondientes observaciones. Los cinco años que padecieron los pocos complacientes científicos en la atrasada Quito terminaron por amargar su carácter. Tal vez sean las cartas, ese género propicio para la confesión y el desahogo, el único vehículo que encontraron para espantar el sentimiento de soledad y abandono en que se sentían vivir: todos mienten, todos roban, todos engañan, todos se encuentran en el estado más deplorable social, cultural y científico, reiteran con impaciencia. “Un país como Ecuador —parece repitiendo la plana Stübel, en carta desde Quito el 16 de noviembre de 1870— no es imaginable concebirlo con ayuda de una fantasía sana. No sólo entre los nativos, sino también entre los extranjeros se buscaría en vano una personalidad medianamente respetable y tratable. No pasa un día sin que



Paisaje Las Aguas en Bogotá.

se repita la experiencia”. Sin embargo, algún estímulo o consuelo, “pese a sus faldas negras”, encontraron entre sus compatriotas, los cinco jesuitas alemanes contratados por el teólogo-dictador García Moreno, quienes, ante la imposibilidad de elevar el estado científico del Ecuador en la Escuela Politécnica creada con este objeto, decidieron tomar la iniciativa: “Es completamente sorprendente —informa Stübel en carta del 18 de junio de 1873— ver cómo esta orden se las ingenia para adueñarse en el mínimo tiempo de todo el poder. Los jesuitas alemanes, a pesar de que están aquí apenas hace tres años, hacen lo que les da la gana con el presidente y aun con el arzobispo”.

Perú, Argentina, Brasil y Chile aparecen retratados con similares colores, aun contando con que en estos países se percibe una bonanza económica que desconocen Colombia y Ecuador. Aquí tampoco hay espacio para la grata semblanza, porque el dinero apenas sirve para decorar una actitud básica: en cada una de las repúblicas sudamericanas —que han adoptado una inmensa ave de carroña como símbolo nacional, como anota con agudeza Reiss— queda intacta la mentalidad semiestamental de sus elites, que están dispuestas a venderse por la primera oferta del capital extranjero (derrochando increíblemente sus fortunas aluviales) y que dirigen sin ningún decoro ni derecho a un pueblo compuesto de mestizos e indígenas condenados a la más baja escala de atraso y miseria. Y para quien piense que la imagen que dejan estos viajeros es sólo fruto de la amargura y la arrogancia germánica, basta pensar que la realidad fue (y sigue siendo) peor, cuando no es el deseo justificativo y complaciente el que pervierte el juicio comprometido con el alto sentido de la dignidad humana. Y tal vez sea en esa justa indignación donde reside la mayor virtud de esta correspondencia.

VII

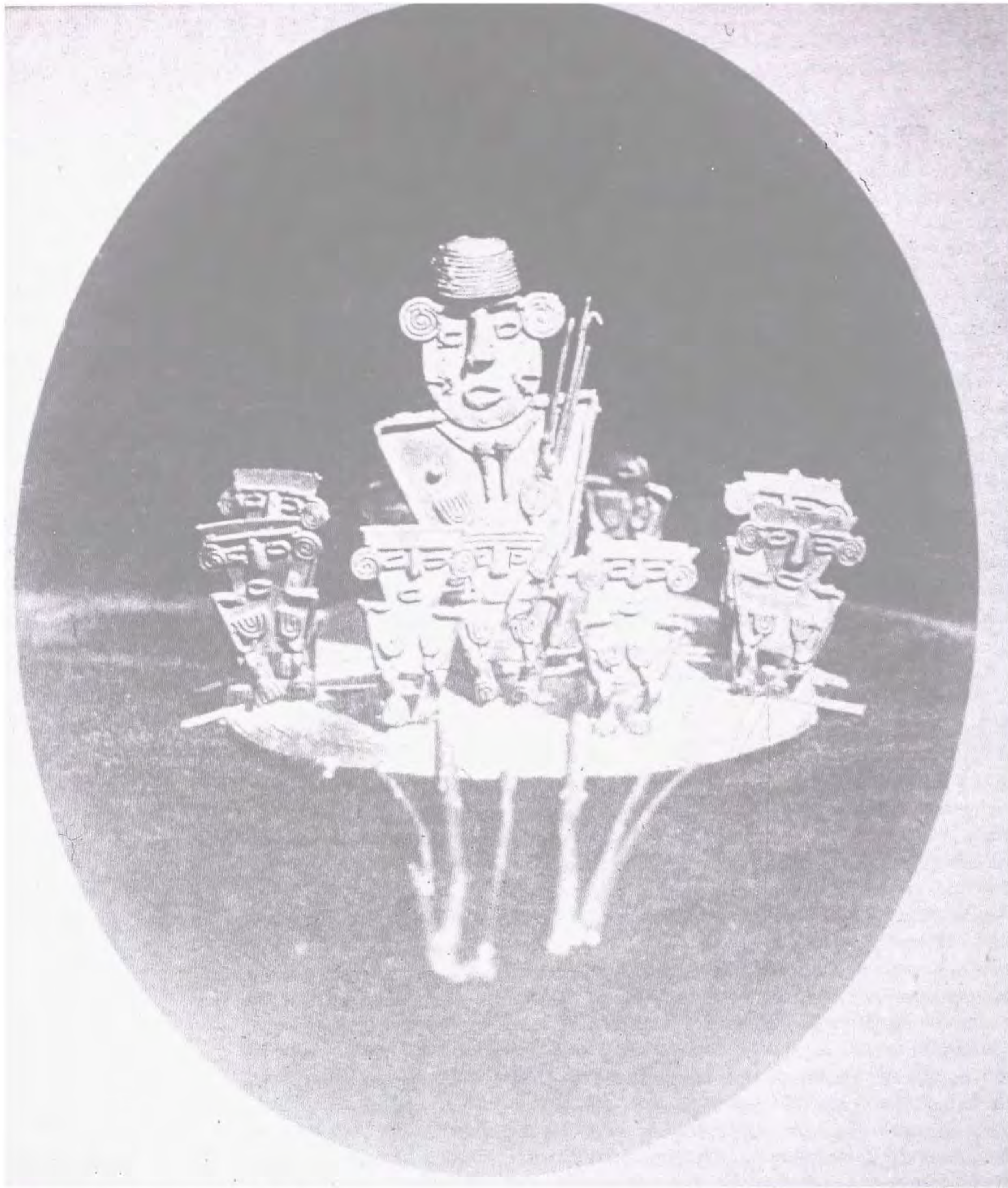
El propósito central y el objetivo exclusivo del viaje de Stübel y Reiss por Suramérica fue la investigación de los volcanes. El grado de especialización de la geografía, que ya distaba bastante de las incitaciones del *Cosmos* humboldtiano, lo relaciona Hettner, en su *Historia de la geografía* con la muerte misma de Humboldt y Ritter y la publicación del *Origen de las especies* de Charles Darwin en el año 1859. Pero es la obra de Oscar Peschel, según el mismo autor, la que formula los “nuevos problemas” para la geografía de la segunda parte del siglo XIX. No solamente durante la primera parte de ese siglo se había ganado una masa inmensa de nuevas informaciones sobre las diferentes ramas de la geografía, la vulcanología, la geografía de las plantas y los animales, la meteorología, la geografía humana y la etnología, sino que ella se sometía a una crítica radical que la ubicaba en un nuevo horizonte metodológico y conceptual. “Estos esfuerzos de una nueva conformación de la geografía —sostiene el destacado geógrafo alemán— sobrepasaron sus objetivos”. Ella empezó a renunciar seriamente a las vaguedades, y los geógrafos mismos comenzaron a reconocer la amplitud excesiva de su materia y las superficialidades a ella inherentes de la época humboldtiana. Consecuentemente, “en lugar del impulso de los descubrimientos entró el deseo de poner barreras y rechazar todo lo extraño, de construir un campo definido, con métodos determinados de investigación y exposición”²⁷. Con mayor precisión, la geografía, para dejar de ser paisajismo inspirado más o menos por una filosofía del hombre y una pretensión poética tal como iba poco a poco degenerando en los descendientes de Humboldt, renuncia a la contemplación del mundo como un todo y cede el lugar correspondiente a las ciencias que se consagran a la astronomía, la geodesia, la geología y la meteorología; su tarea se concentra, pues, en el conocimiento de la superficie terrestre en todas sus variedades, continentes, países y localidades, a la vez que observa comparativamente sus diferentes formaciones y deduce de ellas los componentes esenciales del globo terrestre.

Ese giro de la especialización y, sobre todo, de la formulación de un estatuto científico que distinga una disciplina de otra con plena conciencia y claridad, también es adelantado, por la misma época, en la historia, en especial en las lecciones magistrales de 1857, reunidas bajo el título *Histórica* de Johann Gustav Droysen. El carácter del material histórico, la esfera específica en que se mueve la disciplina, los fundamentos de los métodos históricos y sus límites y el ámbito de esta ciencia, sus fuentes y sus formas, así como la heurística y la crítica de fuentes, conformaban la parte central de una tarea de fundamentación teórica de esa disciplina científica. Sus *Leciones* constituían una tendencia —acaso, en sus rasgos específicos, la más acabada— de fundamentar consistentemente y sistemáticamente los elementos inmanentes de su materia. Esa tarea de su *Histórica* la resume Droysen con las siguientes palabras: “... ella quiere sólo llegar a ser consciente de lo que hace y tiene que hacer nuestra ciencia; ella quiere despertar la convicción de que se puede pensar y aprender a pensar históricamente; ella quiere demostrar en cuáles formas, en cuál ámbito esta forma de pensar llega a ser aplicada; ella quiere ser consciente de que nuestra ciencia tiene una visión del mundo por fundamento y objetivo, que es y tiene que ser para un área —que es el mundo de las costumbres— normativa científicamente; una cosmovisión que tiene que aprender a entenderse finalmente por sí misma, para asumir con absoluta seguridad su posición y su parte en el gran trabajo del género humano”²⁸.

En ese clima de precisión positivista y, sobre todo, de fundamentación metodológica de las ciencias, no resulta extraño que Stübel y Reiss rebatan permanentemente tanto los datos aportados por Humboldt y sus discípulos como la manera de allegarlos. En carta del 31 de agosto de 1870 desde Quito, informa Stübel que desde hace tres días regresaron de una excursión en la que investigaron el volcán del Corazón, “que Humboldt caracterizó deficientemente en sus *Vues* de los Andes[...] Las descripcio-

²⁷ Alfred Hettner, *Die Geographie. Ihre Geschichte, Ihr Wesen und Ihre Methoden*, Breslau, Editorial Ferdinand Hirt, 1927, pág. 106.

²⁸ Johann Gustav Droysen, *Historik*, Stuttgart-Bad Cannstadt, Editorial Frommann-Holzboog, 1977, t. I, pág. 64. (Existe versión española de Rafael Gutiérrez Girardot para Alfa, de Barcelona).



Balsa en oro de Guatavita encontrada en 1856.

nes de Humboldt de esta región y su conformación son tan absurdas, falsas y miserables, que deben releerse para uno convencerse de que el famoso personaje realmente las escribió". Más tarde, en carta fechada el 17 de mayo de 1872 desde Riobamba, asegura que Humboldt dio una "muy inexacta descripción" de Cerro Altar. O poco después, el 2 de agosto de 1872: "Humboldt afirma [hablando del Chimborazo, JGGG] que llegó a una altura de 6.000 metros y Boussingault repite el haber alcanzado un punto más alto que el de Humboldt. Estas informaciones son

altamente curiosas, si se contemplan más de cerca las condiciones del terreno. Pues ambos hicieron el intento de ascenso en un sitio donde es absolutamente imposible alcanzar esa altura. Pero también es sabido aquí, por tradición oral, que Boussingault sólo llegó a la zona baja de nieve a 5.000 metros, y él mismo da dos informaciones distintas sobre el punto alcanzado...". Pero más decididamente le repugna "el estilo" del famoso viajero: "Nuevamente —dice Stübel en su carta del 15 de agosto de 1870, fechada en Tambillo— se publicó un libro que trata en el último capítulo sobre los volcanes del Ecuador, digno de leerse a causa de sus absurdos y su estupidez. El autor se llama Moritz Wagner y pertenece a los tantos que, como Seebach, buscan embaucar a un público sin criterio por medio de la imitación del estilo humboldtiano". Este estilo —concluye el vulcanólogo Stübel— hace más daño que beneficio a la ciencia". No sería difícil pensar que dentro de esa moda humboldtiana (en la que sobresalen los tediosos e inacabables volúmenes de Johann Jakob von Tschudi) Stübel y Reiss incluirían la obra de Boussingault y algunas páginas de la *Colombia* de Reclus.

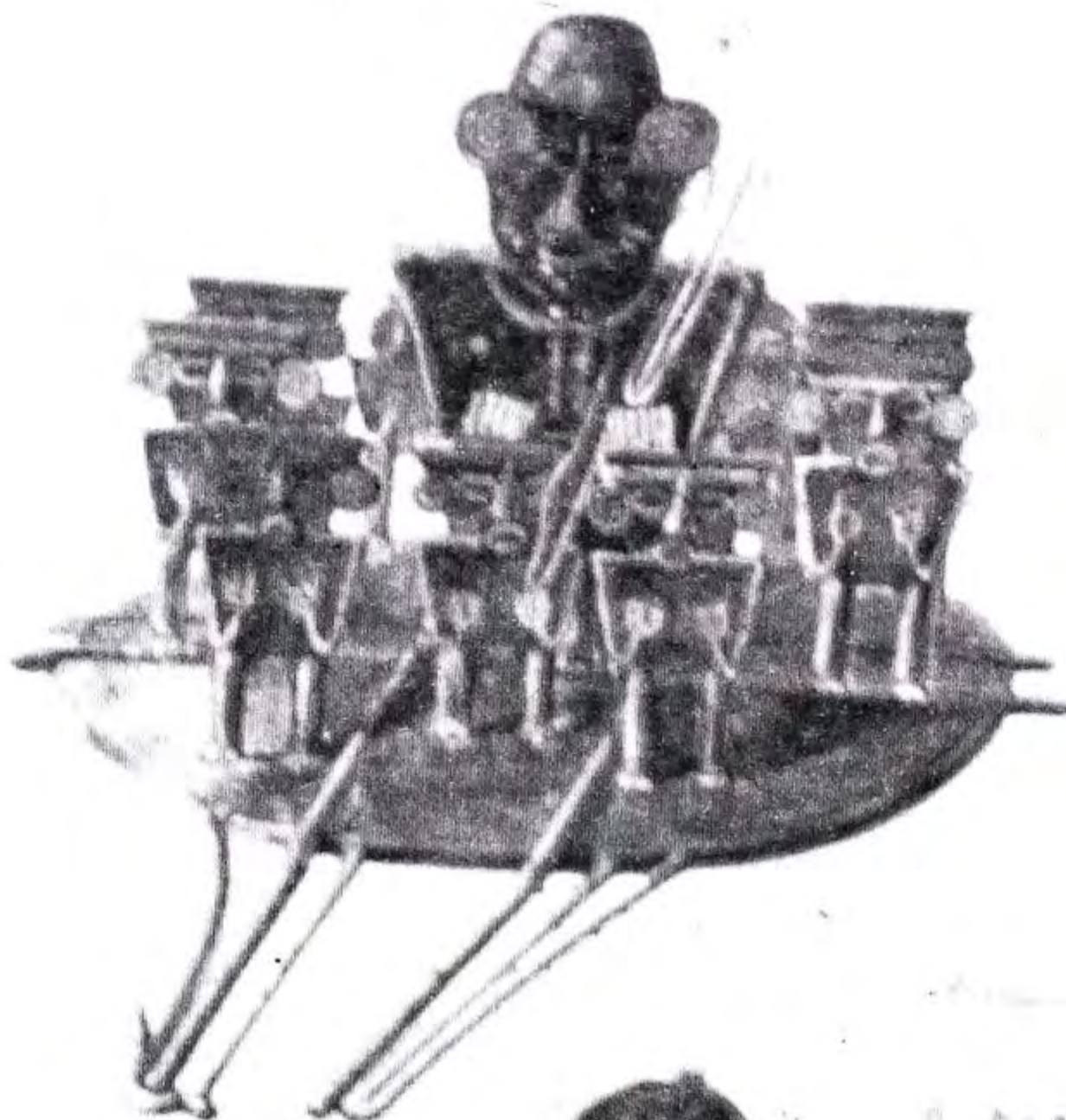
VIII

Los trabajos y libros de Stübel y Reiss, tanto los geográficos, en especial los dedicados a la vulcanología, como los arqueológicos y etnográficos, muestran la intensa actividad que desplegaron en el conocimiento del continente americano. Ellos revelan no sólo el ámbito de sus intereses científicos, sino un *ethos* de investigación que, en todo caso, estaba por encima del de los países que investigaban. Mucha de esa investigación fue fruto de las circunstancias (por ejemplo, la excavación y la reconstrucción gráfica de las ruinas de Ancón, cerca de Lima, que se consideran uno de los más importantes aportes a la arqueología del siglo XIX, se realizaron ante la imposibilidad de viajar a las zonas volcánicas que se encontraban en guerra civil) y, sin duda, ella reiteraba el abandono increíble en que los hispanoamericanos tenían su pasado prehispánico y el desprecio de sus restos salvados, sólo por milagro, de las varias calamidades históricas desde la llegada de los conquistadores²⁹. En un artículo de Reiss, "Ascenso al Cotopaxi", se ponía al descubierto en qué medida la sociedad dominada por los sucesores del conquistador español perpetuaba su imbecilidad e ignorancia: "Son muy dignas de ver las ruinas de las construcciones incaicas; pero es penoso percibir en qué forma son destruidos los últimos restos de una civilización perdida. Los hacendados y arrendatarios de la hacienda San Agustín de Callo disponen de estas ruinas como de una cosa que no sólo carece totalmente de valor, sino que precisamente así lo hacen". Y añadía terminantemente: "Esas ruinas no son de hecho del propietario de la hacienda; ellas pertenecen no exclusivamente al país, desde cuya vieja historia ellas actualizan las épocas famosas: ellas pertenecen también a todo el mundo civilizado"³⁰.

Y esa suposición o, mejor, la firme convicción de ser portavoces del mundo civilizado, en medio de una sociedad de bárbaros —en la oposición secularizada de civilización y barbarie que se percibe a lo largo del siglo XIX en obras como las de Guizot, en Francia, o en las de Prescott, en los Estados Unidos, y que en América Latina encontraron su representante más destacado en el argentino Sarmiento—, definió los perfiles más característicos de su tarea científica. Bárbara era, pues, una sociedad como la hispanoamericana, que se fundaba en la ilegítima presunción de los descendientes de los españoles de que tenían derecho a dirigir la masa de un pueblo que despreciaban. Bárbara era una sociedad en la que no sólo existía una espantosa desigualdad social, sino en la que se desconocían los rudimentos de una actividad económica racional y, sobre todo, en la que no había el mínimo interés en poner las bases para ese propósito, lo que no era otra cosa que la confirmación del aserto de Sarmiento en su *Facundo* (1848), cuando profetizaba que durante siglos nuestros países seguirían viviendo de la Europa industrial. Bárbara era una sociedad llena de prácticas supersticiosas que desembocaban fácilmente en un fanatismo amparado

²⁹ Aquí cabe hacer mención del destino del así conocido "Tesoro de los quimbayas". En el regalo que, con motivo de la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América, el gobierno colombiano, por orden de su presidente, Carlos Holguín, hizo de esta colección de 271 piezas de oro (descubiertas un año antes, en 1891, y que se considera el más importante hallazgo en conjunto hecho hasta ahora en territorio colombiano de objetos prehispánicos) a la reina regenta María Cristina de Habsburgo, se documentan todas las altas virtudes de la oligarquía colombiana que observaron con agudeza crítica Stübel y Reiss; vale decir, ese gesto documenta una mentalidad que es mezcla de la actitud del gaudioso sin escrúpulos y los resabios de cortesano. La pormenorizada y triste historia del "Tesoro quimbaya" y sus dirigentes desalmados se puede leer en el artículo de Félix Jiménez Villalba para el libro *El Dorado: das Gold der Fürstengraber*, Berlín, 1994.

³⁰ Wilhelm Reiss, "Besteigung des Cotopaxi", en *Zeitschrift der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*, t. VIII, págs. 240-249 y 297-310.



por un clero inculto (polémica que adelantará, años después, en una serie de artículos recogidos en libro bajo el título *Propaganda y ataque*, el peruano Manuel González Prada). Bárbara era, en fin, una sociedad sin universidad, sin ciencia, sin actividad académica ni editorial, tan alejada del mundo “civilizado” como dependiente de él en la forma más deplorable y ruinosa. Era, pues, el continente latinoamericano perdido para el mundo, cuya sucesión ininterrumpida de fracasos parecía sólo ser la señal favorable para persistir en el camino de su singular “destino manifiesto”.

Bajo estas condiciones parece evidente que la herencia (es decir, el acercamiento provechoso al material científico legado) de Stübel y Reiss tenga un carácter ambiguo o aun inexistente. No es sorprendente, por ejemplo, que las cartas de Reiss sólo hayan conocido una edición en alemán, en 1921, trece años después de su muerte, y que las de Stübel no hayan sido hasta ahora editadas (ni en alemán ni en español). Ni alemanes ni latinoamericanos se han ocupado de ese trabajo, confiados más bien en las reediciones menos “problemáticas” de las cartas de un Humboldt. En este caso no se trata tan sólo de la voluntad póstuma de los autores, sino de la influencia de otros factores no propiamente académicos. De hecho, estas cartas son incómodas. Sin duda, no se escribieron para ser publicadas, y de ahí no sólo la franqueza e incluso la aspereza en que están expresadas las experiencias de sus autores, sino la ausencia de artificios literarios. La moda del viaje por países exóticos no era el determinante del impulso de Stübel y Reiss: más bien comprendían que se encontraban en lugares nada encantadores, donde era imposible cultivar una amistad y sumamente difícil acometer una empresa científica. Un latinoamericano preferirá seguir contemplándose en el cuadro casi idílico que surge de algunas de las páginas de Humboldt, y un alemán tendría por lo menos que justificar las críticas despiadadas —con frecuentes expresiones de matices virtualmente racistas— que ellas contienen e incluso se atrevería a hacer discretas censuras. Pero en la edición de esta correspondencia parecen bastar las mismas palabras de Stübel en su carta del 23 de febrero de 1874 desde Santa Ana de Tuipullo: “La expresión es dura, pero completamente acertada”.

CRITERIO DE TRADUCCIÓN Y AGRADECIMIENTO

Para la traducción de las cartas de Wilhelm Reiss me basé en la edición hecha por Karl Heinrich Dietzel, *Reisebriefe aus Südamerika. 1868-1876*, Múnich-Leipzig, 1921. Las de Alphons Stübel pertenecen al material inédito que descansa en el Institut für Länderkunde Leipzig, Archiv für Geographie, catalogado bajo la siguiente signatura: Inv. Nr. 6625-6721, K. 122. En éstas últimas eliminé, como lo había hecho Dietzel en las de Reiss, las líneas estrictamente familiares (saludos y recuerdos) y lo referente a los asuntos propiamente de negocios (recibo de dineros, canjes y envío de material). El haberme limitado sólo a la traducción de la parte colombiana obedece a dos circunstancias: el espacio editorial y el tiempo del traductor que, como se dice en el evasivo lenguaje ministerial, “se ve obligado a atender otros compromisos”.

Agradezco al doctor Andreas Brockmann, del Lateinamerika-Zentrum, de la Universidad de Münster, el haberme facilitado el material inédito, y a la doctora Ingrid Hönsch, del Institut für Länderkunde, de Leipzig, quien autorizó la publicación en español de esta correspondencia.

Un oportuno apoyo financiero de Colciencias, por otra parte, para la realización de una investigación durante este año, me ha permitido seguir en Alemania, sin los contratiempos económicos que padecen tantos compatriotas en el exterior y que, por supuesto, dificultan tanto, hasta hacerlo prácticamente imposible, el desarrollo de cualquier actividad científica o académica.

En la página anterior:

Piezas precolombinas en oro:

1. Sogamoso, Boyacá;
2. Antioquia;
3. Antioquia;
4. Zipaquirá, Cundinamarca;
5. Antioquia;
6. Cundinamarca;
7. Sogamoso, Boyacá;
8. Cundinamarca;
9. Bogotá;
10. Bogotá;
11. Cundinamarca;
12. Boyacá;
13. Cundinamarca;
14. Bogotá;
15. Bogotá;
16. Bogotá;
17. Bogotá;
18. Bogotá;
19. Bogotá;
20. Bogotá.